**Recensión libro de Luigi Pareyson *Verdad e interpretación*, ed. Encuentro, Madrid, 2014, traducción y estudio crítico de Constanza Giménez**

Es una muy buena noticia que la filosofía de Luigi Pareyson empiece a ser conocida en el ámbito hispano parlante. Ello ha sido posible en gran medida por las excelentes traducciones de la doctora en Filosofía Constanza Gimenez, tanto de la notable obra *Dostoievski: filosofía, novela y experiencia religiosa* y la reciente *Verdad e interpretación*, ambas en editorial Encuentro, y de Cristina Coriasso que ha traducido *Estética de la formatividad.*

*Verdad e interpretación* es una obra emblemática dentro de la teoría hermenéutica, un verdadero clásico junto a *Verdad y método* de Gadamer y *El* *Conflicto de las interpretaciones* de Ricoeur. El punto de arranque de Pareyson ha sido el problema de la multiplicidad histórica de la filosofía y su excelente análisis de la experiencia estética. Ha sabido superar el doble escollo tanto de *la filosofía* única, como el cínico escepticismo de la *verdad relativa*.Se trata de dejar atrás la presunta incompatibilidad entre lo plural y lo verdadero. La vía del arte le proporcionó una solución. En la música se ejercita una ejecución que no desdeña la partitura musical que se puede interpretar de diversas maneras, y con una fidelidad que siempre posee un aspecto personal e innovador. Polemiza tanto con el historicismo como con una *metafísica óntica y objetiva.* El tiempo no debe ser considerado como supresión de la verdad, sino sobre todo como la única vía de acceso a la misma. La verdad es accesible sólo al interior de la interpretación histórica que se le da, pero ésta nunca agota la verdad en su inagotable riqueza. El problema de la verdad para Pareyson es metafísico antes que gnoseológico. Su hermenéutica se define ante todo como una firme *decisión por la verdad*; ésta junto con la libertad, son los conceptos centrales de su filosofía. Afirmará que la verdad posee una infinitud inagotable que es estímulo de la libertad a la cual se confía. En toda esta obra se percibe una constante actitud anti-relativista que sabe evitar tanto el escepticismo, que se olvida de la verdad, como del fanatismo, que no tiene en cuenta la multiplicidad de perspectivas. Por eso sostendrá, tras una fina argumentación, que en el fondo “no existe interpretación sino de la verdad”. Solamente este “empirismo superior”, inspirado en el último Schelling, es capaz de rememorar la verdad y revelar la presencia del ser. Todo esto está muy lejos del pensamiento deconstruccionista para el cual no existen hechos ni verdades a interpretar, sino sólo interpretaciones de las interpretaciones. Por eso ya en el prefacio Pareyson advierte: “Este libro corre el riesgo de ser impopular, porque hablar de verdad en un momento en el cual no se habla sino de acción y de razón y, más precisamente, de la acción sin verdad –praxismo- y de la razón sin verdad –tecnicismo-“. Sin embargo, la verdad es constitutiva del pensamiento y es igualmente indispensable tanto para la teoría como la praxis, pues ambas constituyen una unidad profunda y originaria. El verdadero pensamiento, el que es digno de ese calificativo es, sobre todo, acerca del ser: sólo de allí deriva su potencialidad práctica y su eficacia histórica. Sólo el concepto de verdad es capaz de restituir al pensamiento el carácter revelativo del cual depende la sobrevivencia de la filosofía. Precisamente una de las ideas principales de este libro es la distinción que se establece entre pensamiento expresivo y pensamiento revelativo. Hay filosofías que son solamente expresivas, es decir que otorgan una significación especulativa a su propia situación histórica, y cuyo valor radica en el de ser sólo expresión de su tiempo. Pero existen también filosofías que, en el acto de expresar su tiempo, son también y principalmente una revelación de la verdad. De esta alternativa deriva, para la persona, la posibilidad de reducirse a mero producto histórico o de transformarse en perspectiva viviente sobre la verdad. El pensamiento revelativo es siempre, a su vez expresivo, porque la verdad no se ofrece sino al interior de una perspectiva singular. La situación histórica no debe ser considerada como un obstáculo para el conocimiento de la verdad sino que es su único vehículo, siempre que la persona mantenga su apertura ontológica originaria. Esta apertura invita a restituir al pensamiento a su originaria función veritativa, evitando la instrumentalización a la cual quieren someterla tanto el tecnicismo como el ideologismo.

Aspecto central de su antropología, o de su personalismo ontológico como se la ha llamado, es la solidaridad originaria entre persona y verdad que delimita su concepción de la interpretación. La verdad es única e intemporal al interior de las formulaciones múltiples e históricas que se le dan. Es la infinitud de la verdad la que estimula y alimenta las múltiples interpretaciones, sin que ninguna de ellas la agote. Ello implica que, en el pensamiento revelativo, la verdad reside más como fuente y origen, que como objeto de descubrimiento. “Decimos, pues, que en el pensamiento revelativo la palabra revela la verdad en el acto en que expresa a la persona y a su tiempo, y viceversa”. Todo esto se trastorna cuando la libertad deja de regirse por el vínculo originario entre verdad y persona. Por un lado la verdad naufraga dejando al pensamiento vacío y desarraigado, y por otro, la persona queda reducida a su mera situación histórica. Además, en el pensamiento histórico la palabra dice una cosa, pero frecuentemente hay que desenmascararla porque significa otra; en cambio, en el pensamiento revelativo la palabra revela mucho más de cuanto dice, es elocuente no sólo por lo que dice, sino también por lo que no dice. La verdad guarda una especie de reserva que se resiste a su total explicitación y que, por tanto, abre la posibilidad de un discurso ulterior y siempre nuevo. Es que la verdad no se deja aprehender más que como inagotable, y de lo inagotable no puede haber más que revelación. Esto no es ningún misticismo de lo inefable sino una ontología de lo inagotable.

“La eliminación definitiva del relativismo solamente es posible si se sabe captar la naturaleza al *mismo tiempo revelativa y plural* de la interpretación, es decir, sin comprender hasta el fondo cómo, en el contexto de la interpretación, el aspecto *revelativo* es *inseparable* del aspecto *histórico*” (p.74). El ámbito de lo interpretable supone la imposibilidad de un conocimiento exhaustivo, unívoco y directo, en el cual todos estarían de acuerdo sin discusión ni diálogo. La verdad es accesible de muchos modos, pero ninguno de ellos debe ser privilegiado en el sentido de pretender poseer la verdad de modo exclusivo y definitivo. Si bien la verdad es supra histórica y atemporal, esta condición suya sólo cobrará valor al interior de la formulación histórica y temporal que cada vez asume. Los dos riesgos a enfrentar son: salvaguardar la verdad como única e intemporal –arriesgándose a caer en el dogmatismo-, y la de aquellos que, al conservar la historicidad de las formulaciones, siempre nuevas y diversas, incurren en el relativismo. Aquí la relación entre la verdad y sus formulaciones es análoga a la que se da entre la obra musical y sus ejecuciones. Son inseparables tanto la ejecución que hace vivir la partitura musical, como también ella es irreductible a cualquiera de sus ejecuciones.

La segunda parte es una aguda crítica a la ideología, del todo inmersa en el pensamiento expresivo. Se la ve como un instrumento de la acción, en la que la privación de la verdad y pragmatización del pensamiento conducen a la historificación del pensamiento y la tecnificación de la razón. Las ideologías son de naturaleza totalizadora, pretender ser una explicitación completa y total del mundo. Consideran la verdad como totalmente explicitable, es decir, como posible objeto de una posesión exclusiva. Cuando la filosofía degenera en ideología la teoría se degrada a ser mero instrumento de la práctica y se pierde lo que Pareyson denomina la *condición originaria* de la práctica.

La tercera parte lleva por título “Verdad y Filosofía”. Pareyson denuncia el actual intento de la ciencia, la religión y la política por suplantar a la filosofía. Advierte que sólo en virtud de la presencia eficaz de la filosofía, la ciencia es verdadera ciencia y no cientificismo, la religión verdadera religión y no fideísmo, el arte verdadero arte y no esteticismo, la política verdadera política y no panpoliticismo. La filosofía reencuentra su insustituible función al restituir las diversas actividades a sus tareas propias y al preservarlas del peligro de desnaturalizarse. La filosofía es la toma de conciencia, a través del pensamiento y el lenguaje, de aquella relación con el ser y con la verdad que constituye lo que es el hombre.

Alejado de cualquier relativismo que pueda afectar a la hermenéutica, Pareyson sostiene que toda interpretación es de la verdad. Ésa es su sentido y finalidad.

Jorge Peña Vial

Universidad de los Andes

jpena@uandes.cl